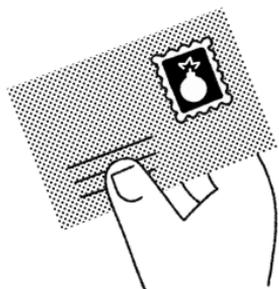


LA CARTA BOMBA

RELATOS DEL JARDÍN DE GESTALT



Fernando Nóbél

*Para los que se atreven a buscar su
propio espacio en el mundo*

LA CARTA BOMBA

Mierda, ¿en qué momento me he quedado dormida? Suena el timbre del portero automático y aún estoy en pijama —si se puede llamar pijama a la camiseta del día anterior—. Me levanto de la cama y camino bordeando los trastos, la ropa sucia y los envases de comida rápida esparcidos por el suelo de mi habitación.

Ojalá sea el cartero. O un vecino que haya olvidado sus llaves. Pero no, veo su cara en la pantalla del portero automático: tan sereno y puntual como siempre. Qué rabia me da. Y, encima, trae algo. Espero que no sea un regalo. Odio que me haga regalos.

—Me has pillado en mitad de la ducha —contesto por el portero automático—. Necesito aún veinte minutos más, pero ve subiendo si quieres.

Pulso el botón del portero automático para que entre al edificio. Tengo el tiempo que él tarde en subir las escaleras —en vez de usar el ascensor— para ordenar mi habitación.

Guardo los trastos pequeños en los cajones de mi escritorio y, los grandes, los aparto en una esquina de la habitación. Recojo la ropa sucia y la amontoño dentro de mi armario, junto con la poca ropa limpia que me queda. Escondo los envases de comida rápida debajo de la cama. Y, finalmente, me quito la ropa y me pongo una toalla para empezar esa ducha que llevo por la mitad.

Suena el timbre de la puerta. La abro y detrás está él. Como si fuese una acrobacia perfectamente coordinada, se acerca para besarme mientras que yo aparto mi boca de la trayectoria de la suya para decirle:

—Aún no me he lavado los dientes, mejor te ahorro el sabor de mi cena.

Dejo que entre en mi «aparentemente-ordenada-habitación» y le digo que voy a terminar de ducharme. Cierro la puerta del baño y apoyo mi espalda contra ella.

Tengo ansiedad. ¿Por qué siempre dejo todo para el último momento? No tiene sentido que sufra este estrés por ver a mi... novio. Siento una mezcla de vergüenza y necesidad. Le he echado demasiado de menos estas semanas. Han sido los exámenes finales y a mí no he ido nada bien. Me cuesta mucho centrarme para estudiar, sobre todo, sin su ayuda. Él siempre quiere ayudarme y, además, intenta convencerme de que no está perdiendo el tiempo conmigo.

Pero, la verdad es que soy un estorbo para él. Cuando estamos juntos, es fácil estudiar y mantener mi vida ordenada. Sin embargo, le dije que, si me quería, teníamos que estudiar separados esta vez. No quiero afectar a sus notas de acceso a la universidad. Él tiene un gran futuro: no quiero manchar también eso con mi caos.

Además, yo estoy enfadada con él... o, quizás, solo estoy enfadada conmigo misma. De todas formas, ¡estoy molesta! Hay algo que no va bien. Es una sensación que no puedo explicar: una intuición a la que no puedo poner

ni forma ni palabras. Quería haber cortado con él antes de empezar el curso. Es algo que he pensado mucho, pero nunca he encontrado la determinación necesaria para hacerlo. Quizás, todo va bien y son solo cosas mías. O, quizás, simplemente me da miedo quedarme sola.

Acabo de ducharme y salgo del baño con la esperanza de haber dejado todos esos pensamientos en el sumidero.

Mientras me duchaba, él ha estado ordenando mi cuarto. A ordenarlo en serio: no como había hecho yo. Ha puesto todos mis trastos en su sitio y ha tirado la basura de debajo de mi cama. Por suerte, parece que no ha abierto el armario. ¡Pero incluso ha hecho la cama! Ahora está instalando algo cerca del televisor.

—Tiene mérito que seas capaz de estudiar en este cuarto —dice—. Imagínate si lo tuvieses ordenado, seguro que te podrías centrar mucho más.

—Yo no te digo cómo vivir tu vida.

Me acerco más a él para intentar ver qué está tramando.

—¿Por qué has venido?

—Para estar contigo —responde con una sonrisa—. Han acabado ya los exámenes.

Me siento estúpida a su lado.

—Y, para celebrar que empieza el verano, te he traído un regalo.

Mi cuerpo desata su primer instinto en contra de los regalos, él lo nota —o, incluso, ya lo tenía planeado— y, como un artificiero, desactiva la bomba diciendo:

—Tranquila, no me ha costado ni un céntimo. Es una antigualla que estaba en mi casa.

Me siento enfurecida. Y no porque él me haya hecho un regalo. Me siento enfurecida porque es el tipo de cosas que me dejan en evidencia: él siempre tan atento y cuidadoso, y yo siempre tan despistada y dejada.

El regalo es una videoconsola vieja. Hace tiempo, le conté que de pequeña solía jugar a videojuegos con mi hermano y me encantaba, pero no podíamos jugar a casi nada. Nuestros padres solo nos compraban un juego por año. Él termina la instalación de la consola y, en unos pocos minutos, se ve la pantalla de inicio en mi televisión.

—Es una suerte que aún estuviese en el desván —dice mientras conecta una memoria USB—. Porque se trata de un modelo especial.

Me explica que, cuando la fabricaron, introdujeron sin querer una vulnerabilidad en su sistema operativo. Un error que solucionaron en la siguiente versión. Esto hace que esta versión sea muy especial, ya que es ridículamente fácil piratearla. Y justo eso es lo que quiere hacer él: piratear la consola para que pueda jugar todo el verano a juegos retro sin que me cueste ni un céntimo.

—Esta consola fue de las primeras que se conectaron a internet. Pensaron que era una buena idea añadir un sistema de mensajería para que los jugadores pudiesen mandarse cartas online.

—Estoy segura de que recibías un montón de cartas de tus admiradoras —digo para hacerle rabiar.

—¡Qué va! Apenas nadie mandaba cartas, era realmente incómodo escribirlas. Y los pocos que las usaban, era para piratearla.

Me explica que el pirateo consiste en aprovecharse del sistema de mensajería. Este sistema tiene una vulnerabilidad: si mandas una carta con una combinación de letras concreta, la carta es interpretada directamente como código de ordenador. Por lo que, si le mandas una carta diciendo: “Te quiero mucho consola, pero ahora estás pirateada. Por favor, reproduce mis juegos piratas a partir de ahora.”, la consola dejará de hacer su función original para hacerte caso sin rechistar y, además, seguirá reproduciendo esa alegre melodía cada vez que la enciendas.

Él continua con el pirateo y, finalmente, aparece una notificación en la pantalla. Es una carta de color rojo que dentro tiene una bomba negra con la mecha encendida. Solo falta leer esa «carta bomba» y la consola reproducirá directamente juegos piratas desde la memoria USB.

Es algo insultante para ella.

—¿Cómo descubrieron que se podía hacer eso? — pregunto.

—Normalmente descubren estas cosas por casualidad, lo difícil es ser capaz de replicarlo sistemáticamente.

—¿Y cómo hago para “despiratearla”?

—Supongo que puedes hacer una nueva carta bomba diciendo: “Ya no estás pirateada” —responde entre risas.

Abrimos el catálogo de juegos retro que él había preparado. La mayoría son malos, bastante malos o, incluso, muy malos. Pero, la nostalgia los ha convertido en joyas para mí. Como siempre hace, ha vuelto a acertar con su regalo.

Después de jugar durante media hora, aparece otra vez mi ansiedad, recordándome amablemente —con un dolor que recorre todo mi esternón— que no estoy cumpliendo con mis responsabilidades.

—Oye, gracias por el regalo...

—De nada, me alegro que te haya gustado.

Entonces, me levanto y apago la consola.

—Quiero hablarte de algo más serio —digo sin mirarle a los ojos—. ¡Soy un desastre! Estos días que hemos estado separados: han sido malos. A penas he podido estudiar para los exámenes, te juro que lo he intentado, pero

no he podido... No estoy bien cuando estoy sola, me da miedo estar sola, pero aún me da más miedo pensar que si no estuvieses, estaría siempre así.

Entonces, sujeta mis manos con las tuyas, y contesta:

—Han sido días duros. Es normal. No le des ahora tanta importancia. ¡Ya es verano! Un verano que podremos disfrutar juntos sin preocupaciones. Además, yo también lo he pasado mal estos días. He sentido que, en cierta forma, te estaba traicionando al no ayudarte. Pero, entiendo que querías que esta vez estudiásemos separados. Llevamos muchos años juntos, es normal que nos sintamos mal cuando estamos tanto tiempo separados el uno del otro.

Él siempre dice las palabras necesarias en el orden correcto para hacer disipar mis angustias. Es como si me hubiese estudiado como a una de esas asignaturas que le gustan tanto. Y yo, me dejo hacer, no opongo resistencia a sus palabras: es lo más cómodo para los dos.

Me acerco a él, nos abrazamos y nos besamos. Le había echado mucho de menos, tanto a él como a su cuerpo.

Noto como la vida, poco a poco, vuelve a ser menos gris y más cálida.

—¿Qué te parece si hacemos un plan para el verano? —dice—. Así podemos asegurar que nos veamos todo lo que queramos.

Saca su libreta y, en ella, planeamos un viaje, un picnic, ir a la montaña e, incluso, empezar un deporte nuevo en pareja.

Pero, como si fuese un hechizo que se rompe en el amanecer, suenan nuestros teléfonos. Acabamos de recibir un correo con las notas de acceso a la universidad. Todos nuestros planes de acaben de romper.

Teníamos planeado ir a la misma universidad y alquilar un piso a medias para independizarnos juntos —usando el dinero de nuestros padres, claro—. Yo he suspendido varias asignaturas. Él tiene una nota cercana a la perfección. No tengo suficiente nota para entrar en la universidad que habíamos planeado —ya veremos si me aceptan en alguna—. Y él, en cambio, sería un desperdicio que no fuese a la mejor universidad del país: eso si no se va antes al extranjero.

Si nos vamos a separar después del verano, ¿qué sentido tiene seguir alargando lo inevitable? Nunca más podremos volver a vernos.

—Tranquila, haremos como siempre hemos hecho — dice él sin esperar a que yo exteriorice mis pensamientos—. Siempre hay una solución para todo.

Pero yo no quiero encontrar una solución. O, al menos, no quiero «la solución» que él tiene en mente:

—Mira, podemos elegir universidades que estén cerca. Así podríamos quedar a menudo, solo estaríamos a un par de horas de tren de distancia. O, también, podríamos elegir una universidad online y vivir donde queramos.

Él ya da por hecho rechazar a las oportunidades que le ofrece su nota. Es algo que no entiendo. ¿Cómo puede tener todo tan claro? Está dispuesto a sacrificarse a cualquier precio por mí.

—...incluso, podría ir a la misma universidad a la que vayas tú.

—¡Para! Me estás poniendo enferma.

Me aparto de él y me voy a la cama. Me siento sucia. Tan sucia como mi cuarto antes de que él viniese esta mañana. No entiendo cómo tiene tan poca estima hacia su vida. Él es capaz de darlo todo por mí. Pero yo... no soy capaz de sacrificarme por él. No soy capaz. Y eso lo he demostrado con mis notas. No deberíamos seguir juntos: no soy capaz de corresponderle de la misma forma. Soy una hipócrita.

No sé qué es peor: él hablándome sobre cómo iba a mutilar su futuro por mí o el silencio que se ha creado después de eso. Estoy de espaldas a él —tumbada en la cama— esforzándome por no llorar. Me siento culpable. Tengo que decirle que se marche, que se vaya por su bien. Pero, no soy capaz.

Él se acerca cálidamente a mi lado. Me acaricia con su mano en la parte de atrás de mi cabeza, justo como más me gusta, y me dice:

—Quiero estar contigo, porque siento que es lo correcto. Nos guste o no, tenemos que hacer sacrificios, no podemos tenerlo todo.

Tiene razón. Una relación no puede sobrevivir sin aceptar sacrificios. Sin esos sacrificios, no es posible aguantar el paso del tiempo.

—Aunque ahora te cueste creerlo, tú también haces sacrificios por mí. Tranquila, vamos a solucionarlo juntos.

Él vuelve a abrir su libreta, pasa a una nueva hoja —dejando atrás el plan del verano— y empieza a escribir las diferentes opciones para el problema de la universidad. Continúa acariciando con una mano mi cabeza y yo, ahora más calmada, me giro para dejar de darle la espalda. Está haciendo una lista con todas las opciones posibles con sus ventajas y desventajas. Entonces, veo que en su libreta sobresale la esquina de un sobre rojo.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Él saca con cuidado el sobre de la libreta. Entonces es cuando lo recuerdo: es el sobre que metí en su taquilla hace ocho años. En esa época no nos conocíamos, pero yo estaba enamorada —en secreto— de él. Una amiga me insistió que le escribiese una carta de amor por San Valentín, porque sino nunca tendría ninguna oportunidad

con él, ya que él solo me vería como una chica más de la clase.

La carta fue todo un éxito. A los pocos días quedamos y él se declaró diciéndome que también me amaba. Es una historia que me da vergüenza recordar, pero inevitablemente contamos cuando nos preguntan sobre cómo nos conocimos. Yo siempre acabo diciendo que, si no fuese por esa carta, jamás nos hubiésemos atrevido a dar el primer paso.

—¿Por qué te enamoraste de mí? —pregunto.

Nunca le he preguntado esto tan directamente. Me da vergüenza pensar que hay algo atractivo en mi forma de ser.

—No lo recuerdo —responde—. ¿Qué hizo que te enamorasés tú de mí?

—Eso no vale, ¡te he preguntado yo primera! —respondo cariñosamente—. Más fácil, ¿por qué estás «ahora» enamorado de mí?

—Porque me pediste que me enamorase de ti.

—¿Qué respuesta es esa? —digo apartándome de él.

En todos los años que llevamos juntos, es la primera vez que le veo dudar. Hay algún tipo de contradicción en sus gestos y su postura. Me evita la mirada, pero —como si fuese una máquina— se recompone y empieza a darme una respuesta coherente con los motivos por los que está enamorado de mí.

Tomo el sobre de sus manos. Lo abro y leo la ingenua carta de amor que le entregué hace años. No me reconozco en esas palabras. La carta dice: “Te quiero mucho, pero nunca me he atrevido a decírtelo. Por favor, sé mi novio y vivamos felices para siempre.”

Pierdo los nervios. La ansiedad me desborda. El dolor taladra mi pecho. Y, mis intuiciones... empiezan a tomar forma. Le quito el bolígrafo de las manos. Tacho todo el contenido de esa carta. Tacho cada una de esas ingenuas palabras. Finalmente, escribo: “MÁRCHATE. NO ME AMES. SÉ LIBRE”.

Creía que me iba a detener en algún momento, que no me dejaría manchar así a su carta, pero no lo hace. Cuando

finalmente levanto el bolígrafo de la carta, él me pide la carta, la lee y la guarda en su sobre.

Se levanta tembloroso de la cama y dice:

—Todos estos años he hecho lo mejor para nosotros... lo mejor para ti.

—Lo sé —digo llorando—, sé que lo has hecho.

—Pero tienes razón, tengo que marcharme.

Ya tengo la respuesta a mi pregunta.

Nunca me ha querido.

* * *

Desde que se marchó, empezó una época muy dura en mi vida. He descubierto —mejor dicho, sufrido— que mi dependencia hacia él era absoluta: los estudios eran solo la punta del iceberg. Lo último que he sabido sobre él es que se ha ido al extranjero para estudiar. Yo, en cambio, me he mudado a otra ciudad para empezar desde cero sola.

Gracias a eso estoy ahora ordenándome. ¡Y no como hacía con mi «aparentemente-ordenada-habitación»! Ahora soy yo la que ha tomado la responsabilidad sobre mis estudios, mis amigos, mi situación económica... mi relación con mis padres. Yo, que ni siquiera podía estudiar para el acceso de la universidad, estoy ahora estudiando y trabajando en una tienda a tiempo parcial para pagar parte mis gastos.

Mi objetivo es no depender de nadie para vivir. Crear mi propio espacio en el mundo. Entonces, con la seguridad de no deber cuentas a nadie, quiero compartir mi vida con otra persona. Y lo único que quiero pedirle a cambio es que haga lo mismo: que sea libre, que sea independiente de mí, que todo lo que llegue después sea una feliz coincidencia no planeada que, espero, que podamos disfrutar juntos sin que uno se tenga que sacrificar por el otro.

Sin embargo, sigo sintiéndome mal por él... por todos esos años. ¿Alguna vez dejaré de sentir esta culpabilidad? Honestamente, lo dudo. Pero, al menos, estoy empezando a verlo con otra perspectiva. Ese día —donde descubrí que nunca me había querido— no fue únicamente una liberación para él. Fue una liberación para los dos.

NOTA DEL AUTOR

¡Hola! :-)

Soy Fernando Nóbél.

Me alegra decirte que... ¡acabas de leer el segundo relato que publicado! Además, este relato también formará parte de mi libro de relatos cortos, “Apoptosis”. Puedes conocer más sobre el proyecto de “Apoptosis” *aquí*. O, si lo prefieres, puedes leer el primer relato, “El mosaico en la cristalera”, *aquí*.

Si quieres apoyarme para acabar “Apoptosis”, puedes hacer dos cosas:

1. *Seguirme en Substack*. En Substack tengo una *newsletter*, “El Jardín de Gestalt”, donde escribo entradas sobre productividad, creatividad y escritura. O, en otras palabras, escribo sobre cómo aprender a (disfrutar de) hacer lo que quieres hacer. Además es la forma ideal para enterarte sobre los avances de “Apoptosis”. Puedes seguirme aquí: <https://eljardindegestalt.substack.com/>

2. *Compartir este relato*. Conseguir visibilidad es uno de los mayores retos al empezar a publicar. Me ayudaría mucho si pudieses compartir este relato con alguien que le pueda interesar. He utilizado una licencia Creative Commons, por lo que puedes compartirlo libremente sin ningún tipo de restricción.

Gracias por leerme,

Fernando Nóbel.



La carta bomba © 2024 por Fernando Nóbél está licenciado bajo CC BY 4.0. Para ver una copia de esta licencia, visita <http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>